

Jonathan Wright
The Ambassadors. From Ancient Greece to the Nation State
Harper Press, 2006.

El buen libro de Jonathan Wright que aquí comentamos describe el papel que ha correspondido a los Embajadores a lo largo de la historia de la civilización. En rigor, desde la vieja Grecia y la milenaria India, hasta el siglo XVIII.

Lo hace con prosa fácil y con un cuidadoso entretrejo de notas y anécdotas, y hasta con un conjunto de notables ilustraciones, que enriquecen la detallada exposición histórica.

Como dice Wright, es precisamente a través del trabajo dedicado de los embajadores que la civilización ha sido capaz de compararse y de contrastar experiencias ajenas; de influir; de identificar y definir prejuicios y costumbres; de encontrar afinidades y coincidencias; y hasta de admirar, o recelar.

Desde la época de los faraones, la labor de los embajadores ha estado rodeada de códigos y pautas, que han evolucionado en el tiempo. Muchas de ellas se han mantenido a lo largo de los años, a pesar de las contingencias. Por ejemplo, ya las llamadas “Cartas de Amarna”, que de alguna manera gobernaron las relaciones diplomáticas entre los monarcas de Egipto y otros soberanos, recomendaban a los diplomáticos de entonces la moderación en el lenguaje y el respeto en el trato a los demás. Ese fue, quizás, el inicio del “comitas gentium”. Algunos líderes sudamericanos contemporáneos, que parecen haber llenado el ambiente diplomático de una cuota casi insoportable de chabacanería y vulgaridad harían seguramente muy bien en leerlas, cuidadosamente. Por lo menos verían cuan feos son sus respectivos retratos frente a los demás.

La obra de Wright comienza con el relato que corresponde a lo sucedido en la vieja Grecia, con la llamativa transparencia que caracterizara a la diplomacia ateniense. El comenario incluye, entre otros, el conocido juicio a Trimarco, y sigue con el ataque de Demóstenes contra Aeschino, al que acusara de corrupción durante su embajada en Macedonia, proceso que terminó con su absolución, pero con su reputación destrozada para siempre, práctica que los políticos no han abandonado desde entonces. “Ensucia, ensucia”, pareciera ser el mandato, “porque algo dañoso siempre queda”.

De allí se pasa al mundo del Imperio Romano y sus diversas prácticas en el capítulo de la diplomacia, no sin antes transitar por los sánscritos y hasta por los “boxers” de China, que -a la manera de Hugo Chávez- tenían una fuerte y virulenta retórica anti-occidental, que definía sus estrategias.

Luego se llega a la época de Carlomagno (para quien el arte de la diplomacia era tan solo una parte del arte más amplio del espectáculo) y a los primeros Califas. De allí, el “tour d’horizon” nos lleva al Imperio Bizantino, que diseñó las primeras instituciones diplomáticas permanentes (en lo que hoy se traduciría como el “Ministerio de Relaciones con los Bárbaros”), publicando además el primer ejemplar de reglas protocolares (el llamado

“Libro de las Ceremonias”), y comenzó a hacer culto de la discreción en la órbita de la diplomacia y a utilizar lo que Joseph Nye hoy llamaría el “poder blando”, esto es la atracción como arma para seducir a la contra-parte.

Enseguida la obra llega la Edad Media. Desde Constantinopla en adelante, incluyendo las dificultades propias de las hoy tan descalificadas Cruzadas.

A esta altura se llega a la riquísima evolución europea, comenzando por sus ciudades, desde Génova a Nápoles; y desde Samarcanda al Bósforo. Pero también desde las ciudades italianas más ricas en enseñanzas, como Florencia, Milán, o la ilustre Venecia. Aquí nos deleita con comentarios que tienen que ver con la influencia de los pensadores de la época, como Machiavello.

Luego el libro llega el tiempo del Renacimiento. Éste es, en mi opinión uno de los perfiles más ricos de la obra reseñada. Y, además, es particularmente entretenido. Aquí se analiza, en detalle, cual fue el impacto de los descubrimientos; de los difíciles problemas generados por la Reforma; y la difícil relación del Viejo Continente con los poderosos otomanos.

Hacia el final, la obra de Wright realata -con particular agilidad- el paulatino nacimiento y el crecimiento y afirmación en el tiempo del Jus Gentium, esto es del Derecho Internacional, a lo largo de los siglos XVII y XVIII; para cerrar su intensa exposición con el panorama que corresponde a las relaciones de Europa Central con el Imperio de los Zares rusos. Entretenido, frondoso, interesante, casi cautivante, este libro es, en mi visión, indispensable para quienes investigan el origen y contenido de las diversas prácticas de la diplomacia y procuran entenderla, desde sus mismos orígenes.



Antranig Chalabian

El General Andranik y el movimiento revolucionario armenio.

Ed. Aigan, trad. al español de Shaké Balian, 2006.

Mientras la cuestión del genocidio que sufrieran los armenios en manos de los turcos otomanos entre 1915 y 1916 sigue encendiendo las polémicas en los ámbitos académicos y políticos, acaba de publicarse entre nosotros la traducción al español de un excelente libro de Antranig Chalabian sobre la vida del General Andranik, considerado como el líder supremo del movimiento revolucionario armenio, que fuera originalmente publicado en inglés, en 1988.

La versión al español, largamente esperada -que se pudo realizar gracias al altruismo de Eduardo Seferian- viene ahora a contribuir al esclarecimiento de dicho genocidio que, en su momento, diezmará cruelmente a la minoría Armenia que entonces vivía en Turquía y debe -por ello- ser bienvenida, sin reservas.

La obra comienza con una colorida descripción de la modesta juventud de Andranik y de sus primeros pasos de corte revolucionario en un universo francamente adverso que contenía, para la minoría Armenia que vivía en Turquía a fines del siglo XIX, toda suerte de restricciones y actitudes persecutorias, llegando a la denegatoria misma de justicia.

En ese entonces, el Jefe kurdo Musa Beg actuaba como una suerte de brazo represor del Sultán Abdul Hamid II. Pese a que entonces algunos armenios, en Constantinopla, eran respetados, la mayoría de quienes vivían, en cambio, en las provincias enfrentaba, lejos de la influencia directa de los llamados “Sultanes benévolo”, una situación muchas veces lindante con la propia esclavitud.

La obra de Chalabian continúa con la descripción de la estructura y organización del movimiento político armenio de la época. Ella incluye un pantallazo de algunos de los principales partidos políticos de la época, como el Armenakán, el Social-Demócrata, y hasta de la llamada Federación Revolucionaria Armenia.

Chalabian pasa enseguida a relatar los duros episodios de violencia a los que ahora se conoce como “Las Masacres Hamidianas”, ocurridas en 1895, que afectaron a unos doscientos poblados en la provincia de Vaspurakán.

De allí el autor pasa a referirse a la gesta de otro líder. En este caso, la de Serob Aghbiur, a quien el joven Andranik seguía y admiraba con fervor. Aghbiur, recordemos es el caudillo que defendiera tenazmente a la minoría Armenia en la provincia de Tarón, quien perdiera finalmente la vida envenenado y decapitado. Andranik -ya “primus inter pares” entre los jóvenes líderes armenios- lo sucede, no sino después de algunos forcejeos, en el ejercicio del liderazgo de la resistencia y lucha armada que en su momento encabezara el mencionado Aghbiur.

En los umbrales del Siglo XX, cuando la población de las provincias armenias continuaba siendo perseguida, Andranik se transformó rápidamente en el líder supremo de los revolucionarios armenios. Su primer objetivo fue el de impedir que los bandidos turcos y kurdos continuaran, con la complacencia de la administración otomana, causando verdaderos estragos en las aldeas armenias del interior. Esto mientras los turcos continuaban incitando constantemente a los kurdos a perseguir a la minoría armenia. Fue precisamente en esa época cuando, en la conocida “batalla del Monasterio de los Santos Apóstoles”, el coraje sin límites de Andranik adquirió dimensiones de hazaña. Andranik se transformó, luego, en un consumado guerrillero que -desde las montañas Antok- mantuvo en constante jaque a las fuerzas turcas o kurdas cada vez que ellas trataron infructuosamente de someterlo.

En el capítulo quinto el libro se refiere a continuación a la existencia de algunas desavenencias entre las fuerzas revolucionarias armenias, que las debilitaran. En el sexto, a su consiguiente pérdida de ímpetu, consecuencia de la fragmentación.

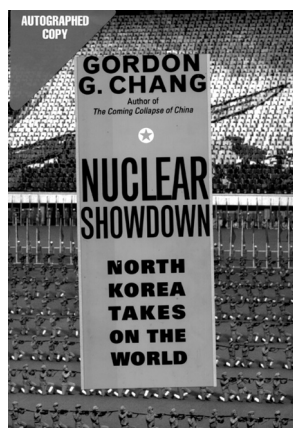
En el capítulo siguiente, la obra describe -con detalle- cómo los voluntarios armenios tomaron las armas en la Primera Guerra Mundial, en el frente caucásico.

A continuación, en los capítulos octavo y noveno, Chalabian se ocupa de cómo el pueblo armenio resultó cruelmente diezmado por los turcos y de cómo sus sueños y esperanzas quedaron finalmente trancos.

La obra de Chalabian continúa con la descripción de la evolución de los círculos políticos armenios a principios de 1918, cuando se produce el retiro de las tropas rusas de las provincias armenias, y continúa con el legendario apoyo que brindara el general Andranik a la verdadera marea de refugiados y desplazados armenios, consecuencia de la inhumana persecución a que fueran sometidos.

El libro, excelente, de fácil lectura, y, además, lleno de útiles ilustraciones de gran calidad, culmina con la descripción de los incansables intentos de Andranik, en el extranjero, para tratar de evitar el desmembramiento de Armenia. De allí pasa a relatar los capítulos finales de su vida, en los Estados Unidos, y su muerte acaecida en 1927. Su deseo fue el de poder ser finalmente enterrado en su tierra. Ambicionaba yacer en el Monasterio de los Santos Apóstoles, que -como hemos visto- había sido testigo silencioso de su enorme coraje. Ese sueño no pudo cumplirse por un rato. Después de su muerte, en Fresno, California, sus restos descansaron brevemente en el Cementerio del Padre Lachaise, en la ciudad de París, en Francia, para culminar su periplo llegando a Armenia, su tierra natal, por la que luchara sin fatigas, en el Cementerio Yerablur, donde hoy yace.

Una vida, la del General Andranik, que se constituyó en toda una gesta, verdaderamente cautivante, signada por el esfuerzo generoso y permanente y por un reconocido coraje que se transformó en leyenda, por ser casi sin límites.



Gordon G. Chang
Nuclear Showdown. North Korea takes on the World
Random House, New York, 2006.

Pocos temas de la actual agenda internacional de paz y seguridad tienen el dramatismo y la preocupante actualidad que contiene la situación que afecta a los peligrosos programas de armas de destrucción masiva de Corea del Norte. Por esto, la excelente obra de Gordon G. Chang es, por oportuna, ciertamente bienvenida.

Sin detenerse en urgar demasiado en el profundo pasado del “país hermita” -que ahora lidera el muy extraño Kim Jung Il, para algunos un tranquilizador desequilibrado, para otros un auténtico

demonio- el autor se concentra en todo lo atinente a sus peligrosos programas nucleares y misilísticos, que conforman una de las más graves preocupaciones actuales de la comunidad internacional.

En un primer capítulo describe las características principales del régimen autoritario que gobierna a Corea del Norte, al que con acierto denomina una “odiocarcia”, desde que está basado en un siempre creciente nacionalismo de corte enfermizo y en la demonización de los Estados Unidos, nación a la que se achacan todos los males en rigor provocados por el propio liderazgo norcoreano.

Enseguida el libro pasa a tratar de contestar la difícil pregunta que consiste en saber si es posible, o no, pensar en un desarme pacífico de Corea del Norte.

En el segundo capítulo examina entonces el origen de los diversos programas de armas de destrucción masiva nor-coreanos, sus diversos proveedores oficiales y ocultos, y las razones que en su momento empujaron al país en la dirección que hoy lo ha llevado a transformarse en un auténtico y patológico “paria” en la comunidad de naciones.

En su descripción de lo acontecido, Chang pasa revista a los diversos pasos que llevaron a Corea del Norte a unirse primero, y a abandonar después (por primera vez, en la historia

del mundo contemporáneo), al Tratado de No Proliferación Nuclear.

Luego el autor se detiene en las fallidas reformas estructurales que se intentaron, sin éxito, en las últimas dos décadas, en Corea del Norte, y en sus duras consecuencias, las que finalmente llevaron al país al borde mismo del abismo y las hambrunas.

En este sentido, resulta particularmente interesante su visión del notorio desajuste que aparentemente separa a la sociedad de su curioso “liderazgo” y de las posibles consecuencias que ello puede llegar a traer aparejado, más allá de la tradición coreana que supone una cierta devoción ancestral a la virtud de la obediencia. Sin afirmarlo rotundamente, el autor sugiere al lector que no es realmente imposible que, de pronto, en el interior de Corea del Norte la percepción de la gente cambie radicalmente y que algo inesperado suceda, erosionando la capacidad de sobrevivir del liderazgo local.

De muy especial significación son las reflexiones que la obra dedica a las variables que conforman la complicada relación bilateral entre Corea del Norte y China, país el último que, de hecho, tiene la “llave” energética que podría eventualmente acercar al mundo al régimen casi renegado de Kim Jung Il.

También son particularmente valiosas las descripciones y el análisis de los profundos resentimientos que infectan, desde hace años, la compleja relación de Corea del Norte con su ex potencia colonial, el Japón.

Chang analiza asimismo las consecuencias del flujo de ayuda económica y humanitaria que -a lo largo de los años- ha ayudado a Corea del Norte a disimular y sobrevivir los desastres atribuibles a su liderazgo.

La obra culmina, como cabía quizás esperar, con una visión más bien pesimista del futuro inmediato. Para Chang, la decadencia y pérdida del liderazgo norteamericano es casi inevitable. Por ello sugiere que no debe perderse más tiempo en tratar de encarrilar lo que, de lo contrario, en su opinión puede transformarse en una suerte de desastre anunciado. Esto porque, para él, la inacción tiene una clara consecuencia, que es el aumento de la capacidad militar de un régimen que bordea lo paranoico. Si nada sucede, según Chang, el futuro del mundo se llenará de déspotas nucleares que harán que la vida de todos sea mucho menos estable y mucho más peligrosa de lo que es hoy.

Emilio J. Cárdenas